

La redenci3n por el estudio. Erasmo Quintana

s3bado, 25 de agosto de 2007

Modificado el mi3rcoles, 31 de diciembre de 2008

La redenci3n por el estudio

Relato corto

Por Erasmo Quintana

Tiene que irse pronto a la cama porque al d3a siguiente y muy de madrugada se le pone de parto una de las mejores vacas del establo. Cen3 como siempre en compa3a de su enjuta y callada esposa y una abundante chiquiller3a que cab3a toda debajo de una cesta.

LA REDENCI3N POR EL ESTUDIO

Relatos cortos (6)

Erasmo Quintana Tiene que irse pronto a la cama porque al d3a siguiente y muy de madrugada se le pone de parto una de las mejores vacas del establo. Cen3 como siempre en compa3a de su enjuta y callada esposa y una abundante chiquiller3a que cab3a toda debajo de una cesta. Como siempre, tambi3n, frugal fue lo que cenaron esa noche: caldo de papas con cilantro que sobr3 del mediod3a, y gofio o un mendrugo de pan duro 3a elecci3n- y derechos al catre. Y as3-, como respondiendo a un h3bito por repetici3n sin hacer el menor ruido aquella prole fam3lica, encabezada por el mayor que portaba un quinqu3, sal3a uno tras otro en n3mero de ocho de la mugrienta cocina, si es que se le pod3a dar ese nombre. Ignacio el de Tomasita es desde no se sabe cu3ndo el encargado o mayordomo de la finca de plataneras que don Anselmo Avellaneda posee en una de las zonas m3js f3rtiles y llanas junto a la costa orientada al poniente; y es fama la cantidad de racimos y su envergadura que vende a la Cooperativa, siendo este extremo motivo de orgullo de su due3o y la consiguiente envidia de todos. Este es el escenario donde se desarrolla la vida austera y aburridamente cotidiana de nuestro encargado y su familia, donde el mucho trabajo, interminable trabajo se dir3a, es el pan nuestro de cada d3a. All3- todas las manos son pocas, pues una plantaci3n tan importante y los animales que tiene tambi3n que atender dentro de la finca, hacen de la faena diaria un agobio permanente para 3l y su compa3era. Con los hijos no contaba, ya que algo s3- tiene claro: que a poder que 3l pudiera sus hijos estudiar3n todos, para que no sufrieran las privaciones y penalidades por las que sus progenitores estaban pasando; tan seguro estaba de que el estudio los redimir3a de aquella precaria situaci3n, haciendo de ellos hombres y mujeres de provecho, honrados y de bien. Es por esto que no los dejaba nunca sin ir a la escuela. Un buen d3a el mayor de ellos, Juan Jos3, que terminaba el bachillerato, le trajo un recado de su tutor donde lo citaba para hablarle sobre algo respecto a su hijo. Preocupado por la cita esa noche no durmi3, y al despuntar aquel d3a se3alado, dejando la mitad de las cosas sin hacer acudi3 a la cita tal como estaba: alpargatas, camisa y pantal3n manchados de platanera y, gorra en mano pidi3 permiso para entrar. Despu3s de los saludos y en tono solemne, como crey3ndose que cumpli3a un deber sagrado el tutor fue directo al grano:- 3Sr. Ignacio: lo he mandado llamar porque creo una obligaci3n poner en su conocimiento que su hijo Juan Jos3 es uno de mis alumnos m3js aventajados y con mayores posibilidades de todos los que tengo en clase. Brilla con luz propia en todo: es aplicado, inteligente y muy trabajador. Estas son sus notas, sobresalientes y matr3culas de honor; por ello me creo en el deber de decirle que ser3a imperdonable que este hijo suyo no hiciera una buena carrera universitaria. Yo he cumplido con dec3rsele. Ahora vaya con Dios y cumpla usted, que es su padre3. Con un 3gracias3 adi3s3- imprecisos y casi imperceptibles abandon3 el despacho Ignacio el de Tomasita, mascullando para sus adentros 3Qu3 puedo hacer, pobre de m3-, con el sueldo de miseria que gano!3 Imposible que su hijo continuara estudiando, y menos en la Universidad, No obstante, pens3, hablar3a con don Anselmo por si algo se pudiera solucionar. Despu3s de consultarlo con su esposa, aprovechando que giraba la visita semanal rutinaria a la finca, y despu3s de darle puntualmente las novedades de las reses, seg3n el Veterinario, le empez3 contando su problema.

- 3Don Anselmo, usted est3 contento conmigo y son muchos los a3os que estoy a su servicio; de m3js est3 decirle que mi situaci3n no es muy boyante, pues nos hemos ido cargando de hijos, y aunque me permite que algo de los alimentos los coja de la finca, no es suficiente. D3as pasados el profesor del mayor de ellos me dijo que es muy bueno con los libros y que deb3a darle estudios superiores en la Universidad. Lo dec3a por si usted me puede echar una mano3. Don Anselmo, que hab3a cogido una tosca y corta butaca de alpendre para refrescar y escucharlo, saltando de la misma como un resorte, voz en grito contest3:

- 3Qu3 dices, Ignacio, t3o te has vuelto loco! 3C3mo se te ocurre mandar al mayor de tus hijos a la Universidad? 3Qui3n limpia entonces, cuando t3o no puedas, la florilla? 3Qui3n arregla los camellones, qui3n riega, qui3n deshija d3-melo t3o-, y qui3n atiende los animales? Adem3s la Universidad, por si no lo sabes, es una f3brica de nihilistas, 3cratas y comunistas. 3C3mo se te ha ocurrido pensar en semejante disparate?3 A lo que el temeroso Ignacio contest3 como pudo:- Don Anselmo, tranquil3cese, no se preocupe, que le puede dar algo; retiro lo dicho y haga como si nada ha salido de esta boca. Cambiando por completo el mayordomo la conversaci3n, dieron por zanjado el tema. Esta primera y descomunal adversidad, en nuestro preocupado mayordomo no merm3 un 3pice el deseo inquebrantable de dar estudios al prometedor Juan Jos3, estimul3ndolo m3js si cabe. Tanto empe3o puso en ello que al final encontr3 la amistad que lo puso en contacto con un probo comerciante hind3o, quien le dio toda clase de

facilidades pecuniarias con la sola condición de presentarle resultados con las mejores notas y reembolsarle parte de los gastos cuando estuviera ejerciendo la carrera. Andando el tiempo, Juan José, que había escogido Medicina, pronto se convirtió en un reputado especialista en Cardiología, jefatura que en la actualidad desempeña en el principal hospital de la provincia. Una tarde el doctor Juan José, como era costumbre, yendo camino de su despacho privado creyó reconocer a don Anselmo Avellaneda en una persona mayor que se tambaleaba a punto de caerse de la acera, encorvado y las manos apretando el bajo vientre y con señales de estar sufriendo un fortísimo y extraño dolor. Corrió cuanto pudo a socorrer al anciano y nada más observarlo, sospechando que se podía tratar de un aneurisma, con la ayuda de algunos viandantes lo subió a un coche que pasaba en esos momentos y lo llevó directamente al hospital. Desde la primera auscultación clínica se confirmó el diagnóstico y lo ingresó urgentemente en quirófano. Hubo suerte tras la operación, pues la aorta quedó perfectamente corregida, y el éxito, fundamentalmente fue debido a que se acudió a tiempo. Una vez que se le subió a planta, el médico que lo había salvado de una muerte segura quiso conocer la evolución postoperatoria. A un enfermo ya plenamente consciente y lúcido y en camino de su plena recuperación, se quiso dar por conocido, diciéndole que su padre era el encargado de la finca de su propiedad, Ignacio el de Tomasita. -¿Usted, doctor, es hijo de Ignacio? Inquirió visiblemente incrédulo. -Sí, soy su hijo mayor. Contestó el galeno creyendo con ello de algún modo agradarlo. -¿Qué hombre bruto “obtuvo como única respuesta- y cabezota es su padre, ese encargado que tengo en la finca! El muy cretino se empeñó en dar estudios a todos sus hijos, ¡incluso superiores a uno de ellos!, y ahora anda como un desgraciado, solos él y su pobre mujer, sin que nadie les eche una mano en los quehaceres de la finca. El muy estúpido va a morir como un perro, convertido en el más infeliz de todos los mayordomos. Se lo tiene merecido, por ignorante. Erasmo Quintana Ruiz agosto-2007